

Caminar en la cultura de los Cris (Crees) de Baie James¹

Walking in the culture of the James Bay Cree indians

SAMUEL NEURAL
Université Lumière Lyon 2, France

RECEPCIÓN: 8/03/2013 • ACEPTACIÓN: 26/09/2013

RESUMEN Hoy en día, los etnólogos son confrontados a medios culturales que no sólo han sido transformados sino, y sobre todo, se han tornado compuestos. En el presente, el terreno desafía las leyes de la homogeneidad cultural, pues los individuos que el etnógrafo encontrará serán seres que habrán vivido una multitud de experiencias en entornos que ya no dependen necesariamente de su universo social de pertenencia. Esta constatación implica la necesidad de construir herramientas de comprensión de la realidad cada vez más diversas. La experiencia del terreno está sujeta, entonces, a un conjunto de competencias que el etnógrafo debe adquirir, y cuyos principios dependen de diferentes entornos en los que él habrá sido «proyectado». Este artículo da testimonio de un trabajo de análisis reflexivo resultante de un terreno, y fue llevado a cabo al interior de la sociedad de los Cris de Baie James, en las regiones septentrionales de la provincia del Quebec en Canadá. El terreno y las competencias que éste implica por parte del etnógrafo para introducirse en la vida cotidiana de una de las familias de este grupo, son pensados siguiendo tres entidades espaciales que estos últimos viven en lo cotidiano, que son los campamentos de caza, el pueblo, la región, una partición espacial que resulta de una puesta en marcha de la sociedad como consecuencia de la industrialización de su territorio ancestral.

1. Traducción desde el francés de Verónica Marchant.

PALABRAS CLAVE Competencias culturales, etnografía, observación participante, Cris de Baie James, etnografía multisituada, escritura de la etnología.

ABSTRACT Today, ethnologists are confronted with cultural media which have not only been transformed, but above all have become composite. Field experience defies the laws of cultural homogeneity, because the individuals that the ethnographer encounters will have lived a multitude of experiences in environments which no longer necessarily depend on the social universe to which they belong. This finding implies the need to construct tools with which to understand an ever more diverse reality. Field experience is therefore subject to a set of competences, which the ethnographer must acquire, the principles of which depend on different environments on which he/she has been «projected». This article reports on a work of reflexive analysis resulting from fieldwork done in the Bay James Cree society, in the northern part of the province of Quebec, Canada. The fieldwork and the competences that this implied in the ethnographer, to introduce herself into the daily life of one of the families of this group, are thought out in accordance with three spatial entities inhabited by this people on a daily basis, namely the hunting camps, the village and the region. This spatial partition results from a march by this society after their ancestral territory was industrialised.

KEYWORDS Cultural competences, ethnography, participative observation, James Bay Cree indians, multi-situate ethnography, ethnological writing.

Introducción

Cuando en noviembre del 2002, al regresar sobre el terreno en la comunidad de Ouje-Bougoumou, en Baie James, región situada en el norte del Québec sobre la ladera este de la Bahía de Hudson, yo recibía noticias de aquellos que me habían acogido algunos meses antes, una de sus miembros me hacía comprender de qué manera este nuevo regreso significaba que estaba atrapado «como un pescado en las mallas de la red de la cultura local»: «aja, aquí te tenemos de vuelta, ah, no puedes prescindir de este lugar...». Después, de vuelta a nuestra conversación, ella agregaba esto: «estás empezando a estar cómodo, tú sabes ahora cómo esto funciona aquí...». Este comentario no me dejaba insensible en cuanto a la pertinencia de su significado. E iba a resonar como el eco de un cierto número de principios que el etnógrafo utiliza para introducirse en una cultura, llegando a ser cómplice de aquellos que tuvieron la voluntad de aco-

gerlo, después de haber caído en cuenta de que les va a «dar que hacer» por un cierto tiempo. Efectivamente, esto «daba» para reflexionar acerca del hecho de que el etnógrafo puede estar «atrapado» en una cultura, pero habría que interrogarse más aún acerca de las maneras y las tácticas que utiliza el etnógrafo para comprender los engranajes culturales y las lógicas sociales de una cultura, que él trata de explorar.

La experiencia del terreno apunta a un conjunto de competencias que el etnógrafo debe adquirir y cuyos principios dependen de los entornos diferentes en los que habrá sido «proyectado». El carácter heterogéneo de los entornos culturales a los cuales son confrontados los etnólogos hoy en día, supone la construcción de herramientas de comprensión de la realidad, cada vez más diversas. El terreno de hoy desafía las leyes de la homogeneidad cultural, puesto que los individuos que el etnógrafo va a encontrar serán seres que habrán vivido una multitud de experiencias en entornos diversos, que ellos no reconocen necesariamente como relevantes respecto de su sentido de pertenencia e identidad. Como veremos, donde los Cris de Baie James, las formas de educación impuestas por el gobierno federal han dividido las familias en las que algunos de los miembros crecieron en el bosque y son cazadores, mientras sus hermanos o sus hermanas, habiendo frecuentado los pensionados autóctonos impuestos por el Estado, han asumido cargas administrativas a veces importantes, en las comunidades, desde su más tierna infancia. Algunos han dejado el capullo comunitario durante uno a varios años, para estudiar en grandes universidades canadienses situadas en las grandes metrópolis del sur de Québec o en Ontario. Siendo así, este fenómeno es el resultado de transformaciones históricas fundamentales de la sociedad crié en su conjunto, y sobre esto debemos de entrada presentar las grandes etapas.

Los Cris de Baie James

Los Cris de Baie James ocupan el Norte de la actual provincia del Québec hace aproximadamente 7000 años (Wright, 1981), extrayendo sus recursos directamente del entorno natural, gracias a técnicas de caza, de trampa y de pesca. Estas poblaciones se desplazaban en pequeños grupos de ciertas familias, ocupando el territorio de una de ellas, erigiendo campamentos durante el invierno, principalmente en las inmediaciones de los lagos y de los ríos, lugares muy propicios en animales de caza (Laliberté, 1976: 27). El conjunto de aquellos grupos familiares se reunía en el momento del verano, constituyendo así

una agrupación. Esas grandes reuniones, que tenían lugar al borde de un lago, en sectores muy ricos en peces, permitían al conjunto de aquellas familias, socializar, festejar bodas y reconstituir algunos grupos de caza, para nuevamente dispersarse durante el invierno siguiente (Morantz, 1983).

El tratamiento de las pieles y la industrialización

Aquel ciclo temporero iba a ser progresivamente modificado cuando las poblaciones crie entraron en contacto con los europeos a partir del siglo XVII. Ellas estaban efectivamente, en las extremidades de una red de tratamiento que empezaba a ponerse en marcha sobre el río Saint Laurent, y se alargaba hasta el Norte en Baie James y hacia el Oeste del continente a medida de su desarrollo (Francis y Morantz, 1983; Innis, 1956). El tratamiento de las pieles, orquestado por la Compañía de la Bahía de Hudson, tendrá un impacto importante para el futuro de este grupo que continuará esta dinámica de lazos mercantiles con el mundo dominante (Morantz, 1983, 2002) hasta el siglo XX. La intervención gubernamental hacia el final de los años 1930, es operada en torno a tres ejes mayores (Morantz, 2002: 68): primeramente, la constitución definitiva de las agrupaciones que se irán estructurando progresivamente en torno a puestos y llegarán a ser verdaderos establecimientos colectivos permanentes, concentrando la población crie, así como una población blanca minoritaria. En segundo lugar, ella operará un control de los recursos con el fin de limitar la explotación demasiado intensiva del animal de caza con piel, destinado al comercio, garantizando a las familias crie, un soporte financiero. En tercer lugar, ella va a favorecer la industrialización creciente de la región y su urbanización, gracias a la implantación de industrias extractivas, explotando tanto el subsuelo como el bosque.

La Convención de la Bahía James y del Norte de Québec

En la segunda mitad del siglo XX, la sociedad de los Cris de la Bahía James será literalmente transformada por la implementación de grandes proyectos hidroeléctricos, aprobados en el marco de la negociación y del entendimiento de la Convención de la Bahía James y del Norte del Québec, firmada el 11 de noviembre de 1975 por los gobiernos del Canadá y del Québec, y los representantes de los Cris y los Inuits (Gagnon y Rocher, 2002). Con la Convención, a los Cris, le serán reconocidos una serie de derechos precisos, que afectan el

mantenimiento y el desarrollo de sus actividades tradicionales, en intercambio de sus derechos ancestrales mal definidos al interior de la provincia de Québec. Las discusiones arduas, se centrarán por una parte sobre la preservación de sus derechos, y por otra parte, sobre su participación en la valorización de los recursos de sus territorios. Los Cris conservarán los derechos exclusivos de uso de la fauna sobre un territorio que sólo cubre un 20% de una superficie en la que se regocijaban, en otros tiempos (LaRusic, 1979: 227). La Convención hará intervenir prioritariamente el reconocimiento de las actividades de subsistencia tradicionales de caza, de pesca y del uso de trampas para la caza, que protegerá, gracias a una categorización² del conjunto del territorio, de cada una de las comunidades en intercambio de compensaciones financieras importantes. Las negociaciones con el gobierno de la provincia de Québec, serán además revisadas al momento del Entendimiento de la Paz de los Valientes (Entente de la Paix des Braves), un entendimiento de principios, firmada el 23 de octubre 2001 entre los Cris y el gobierno de Québec, el cual apuntará a subsanar los numerosos incumplimientos a la puesta en marcha de la Convención de la Bahía James y del Norte de Québec. Esto, va a permitir clarificar las preguntas que se refieren a la silvicultura, la hidroelectricidad, las minas, el desarrollo económico y comunitario, el establecimiento de la corporación de desarrollo crie así como diversos procedimientos en curso de reglamento.

Eeyou Istchee «La tierra de los hombres»

Hoy en día, la región de la Bahía James se impone cada vez más a los habitantes como instancia espacial político-administrativa. La región Eeyou Istchee fue creada el 30 de noviembre 2007 y corresponde al grupo etno lingüístico, los Eyou Innu «la tierra de los hombres», el término Eeyou queriendo decir «los hombres» y Istchee significa «la tierra». Ella, concentra el conjunto de nueve grupos crie que se reparten en la parte Noroeste de la provincia de Québec al

2. Las tierras de categoría I están estrictamente reservadas a la gobernación de cada una de las comunidades. En las tierras de categoría II, que pertenecen a la Corona, la caza, la pesca y el uso de trampas para cazar, son reservados a los indígenas y las actividades de silvicultura, de minas y de turismo son compartidas entre los Cris y el gobierno provincial. En tierras de categoría III, los Cris obtienen ciertos derechos específicos en la caza, mientras que derechos de cosecha les son especialmente apartados (Gagnon y Rocher, 2002).

interior de nueve pueblos de los cuales, cinco pueblos costeros situados sobre la rivera de la Bahía James y cuatro pueblos más, al interior de las tierras.³

Eeyou Istchee corresponde a un territorio equivalente a una municipalidad regional del condado de Québec, representado por una entidad política, el Gran Consejo de los Cris y una administración, la Autoridad Regional crie que asegura a las nueve comunidades, los servicios necesarios para su funcionamiento, mientras que la Comisión Escolar crie y el Comité de Salud Cri aseguran los servicios de educación y de salud.

La región se construye efectivamente, mediante las oficinas y las administraciones que han sido implementadas tras la Convención de la Bahía James. Esto implica una uniformización relativa del paisaje social e institucional de cada comunidad, a través de instituciones administrativas potentes, que las irrigan de directivos que pueden ser para el consejo de grupo, el consejo político, el centro económico, quien se ocupa de la gestión de un servicio público destinado a los habitantes de cada comunidad, los servicios de salud, las instituciones de la educación y finalmente los servicios de mantenimiento y de desarrollo de las viviendas.

Tres realidades sociales esenciales

Hoy en día, todo individuo perteneciente a la sociedad crie, recorta entonces el espacio vivido, en tres realidades sociales esenciales: a los territorios, corresponden los campamentos, rodeados por el espacio del bosque, este mismo circunscrito en función de las relaciones que los cazadores han establecido con ciertas especies animales. A la comunidad, le corresponde el pueblo, que reúne el conjunto de los miembros de la agrupación. Finalmente, al grupo etnolingüístico⁴ corresponde el espacio regional, Eeyou Istchee, «la tierra de los hombres», concentrando el conjunto de las nueve agrupaciones cries que se reparten en la parte Noroeste de la provincia de Québec.⁵ Una constatación

3. Los Cris distinguen de este modo a «aquellos de las costas», *wiinipaku*, y a aquellos «del interior», *nûchimiuiiyiyiu*.

4. El término *îyîû*, que quiere decir los hombres, es expresado en los Cris del interior para definir un individuo perteneciente a la sociedad Cri; este primer criterio de pertenencia permite distinguir los Cris de otros grupos autóctonos pero también, de distinguir los humanos en relación a otras especies vivientes como los animales, por ejemplo.

5. Hemos visto más arriba, que las nueve agrupaciones están repartidas en el interior

metodológica se impone entonces; la multipolaridad de la sociedad crea a la cual el etnógrafo deberá responder por una etnografía multisituada si desea comprender esta, en sus diferentes dinámicas sociales.

Con una aproximación a la sociedad cree por las competencias culturales que habrá adquirido el etnógrafo, se tratará entonces, de tomar en cuenta esa relación dialéctica entre el entorno tal como lo encontró, y la actividad humana que se ha manifestado allí, considerando la relación del etnógrafo en el espacio como un lugar socialmente producido, es decir, como un elemento de la práctica social, donde pueden ser analizadas de manera tangible, sus propias conductas. Esto nos obliga a concebir la relación del etnógrafo con la cultura y el espacio que ha ocupado como mediador de comunicación humana; desde ese punto de vista, la sociedad cree es abordada según diferentes situaciones que el etnógrafo habrá vivido y que no recibirán las mismas modalidades metodológicas según los lugares específicos en los que hayan sido extraídas: el campamento y las diferentes zonas de actividad del bosque, los espacios colectivos del pueblo y las administraciones, así como el espacio regional. La labor de este trabajo, se vio facilitada, ciertamente, por el hecho de que la socialización en los campamentos de caza, así como ocurrió en el pueblo, o en el espacio regional también, en los Cris, se realiza en un marco principalmente doméstico, puesto que la familia que acogía el etnógrafo, se ofrecía como polo de continuidad analítica.

La primera parte de este artículo, se ceñirá entonces a describir las competencias que el etnógrafo adquirió viviendo en el campamento. El campamento y el universo del bosque que lo rodea, se conciben a partir de ahora, como la sede de reencuentros necesarios y de solidaridades generacionales preservadas

de nueve pueblos, algunos están situados a lo largo de las costas de la Bahía James, mientras otros están situados en el interior de las tierras. Esta situación geográfica, define otro criterio de pertenencia; los Cris distinguen entonces siempre «aquellos de las costas», *wiinipaku*, y aquellos «del interior», *núchimiuiiyiyiu*. Esta distinción se basa, como lo hemos visto a lo largo del periodo pre europeo, tanto en la pertenencia a un grupo dado, como en las diferencias de prácticas. Habíamos visto también, que durante el tratamiento de las pieles, los Cris de las costas se habían ligado rápidamente a las actividades de puestos de tratamiento, mientras que aquellos del interior mantenían contactos mucho más episódicos y retenidos, con los colonos y el sistema de intercambio que trataban de imponer (Notas de terreno, carnet 8, otoño 2004; Morantz, 1983).

aún, de una urbanidad intensa en los pueblos, las ciudades, la región. A la función alimentaria tradicional y siempre en uso al interior de los campamentos, se agregan ahora, funciones de preservación de las identidades. De la misma manera, lo cotidiano observado y vivido por el etnógrafo demuestra cuanto el campamento y las esferas que lo rodean constituyen el foco de un intercambio generacional e intergeneracional constante, al cual será siempre asociado. Mientras él tiende a estar disperso, por la organización social y el funcionamiento de las instituciones del pueblo (escuelas, administración, comercio, clínica), el sitio del campamento les exalta el carácter. Que las interacciones se estén expresando en el transcurso de las actividades cinegéticas, de las actividades de espacios domésticos durante periodos de encierro o en el transcurso de largas veladas, los espacios sociales forman las circunstancias que exponen a cada uno (incluyendo el etnógrafo) a un compartir generacional, constituyente del apego de unos con otros, y a la vez aseguran la reproductibilidad de la expresión cultural.

Tal y como lo exige el nuevo modo de vida, basado hoy en día, sobre el salario en el pueblo, el etnógrafo estará implicado en diferentes actividades establecidas en los espacios parcelados, que tienden a constituirse alrededor de funciones separadas, modificando el tejido familiar. Esta impronta de la división, se expresa a nivel del pueblo hasta en sus instituciones. Aunque permanezca muy fluida a través de su funcionamiento, la administración segmenta los espacios ofimáticos en funciones específicas, instaurando un orden social, que supuestamente represente el poder de una colectividad, como en lo que respecta al Consejo de la Agrupación, por ejemplo, con el cual el etnógrafo deberá obrar. Relegado a una observación limitante y poco participativa, su trabajo encontrará sentido en las estrategias de flexibilidad de circulación y de acceso, que los individuos elaboran en estas instituciones contemporáneas que no se apoyan necesariamente sobre las ventajas de un estatus jerárquico, sino sobre una restauración de trazos culturales enlazados con la costumbre.

El etnógrafo hoy en día, incluso en las sociedades más apartadas geográficamente, ya no puede pasar por alto la importancia de los intercambios y de las conexiones provenientes del exterior, debido a la apropiación de los medios de comunicación por parte de los Cris, sean estos, para el transporte o para nuevas herramientas de comunicación a distancia. Eso, los Cris lo comprendieron rápidamente, reapropiándose de la radio, el teléfono, la televisión, el auto, la moto nieve, el barco fueraborda, el avión. Después, más tarde, el internet, los teléfonos celulares, también sirvieron para atenuar las distancias entre las

comunidades. Estos factores son aún más cruciales, pues una sociedad como la de los Cris de Baie James, que se ha beneficiado de numerosas compensaciones, ha visto muy rápido la necesidad de facilitar los vínculos entre las comunidades y las pequeñas diásporas repartidas a través la región, a la vez, invirtiendo de manera prioritaria en el mejoramiento de la comunicación a favor de los intercambios intercomunitarios. La prioridad de los instrumentos de desplazamiento y de la comunicación, no es un fenómeno sorprendente para una sociedad acostumbrada de modo milenario, a estar en constante movimiento. Incluso en lo más contemporáneo que ella oculta, un sedentarismo asumido a partir del pueblo, cada una de esas pequeñas sociedades crie presentas aún las características de una movilidad de sus actores y de la flexibilidad social que ello implica. Más allá de la disposición regional sobre la que se apoya este nuevo fenómeno de la movilidad, es entonces también una etnografía del desplazamiento, en el cual el etnógrafo va a ser sumergido esta vez. Porque se dará cuenta bien rápidamente que la administración regional es la estación de un entramado de relaciones sociales en un espacio extendido, global y que se han determinado nuevos polos de relaciones: relaciones campamentos-pueblo, relaciones ciudades-campamentos, relaciones ciudades-pueblos y aún más allá de Eeyou Istchee.

Qué pasa entonces, cuando el etnógrafo se ha retirado de su terreno y se apronta a volver a su texto. Lo tenemos entonces, dando el último toque a un relato a través de su memoria y ante materiales cuidadosamente seleccionados, en el que va a encontrar aquellos con los cuales compartió una vivencia; va a efectuar el ejercicio de un cierto desprendimiento, y esto, para encontrar mejor a su lector.

Encontramos entonces, que su recorrido llega a su fin en una trilogía en la que, finalmente, todos se reencontrarán en el texto.

Vivir «el bosque»

Un día del mes de enero del año 2000, los empleados del Consejo de Agrupación de la comunidad crie de Ouje-Bougoumou recibieron el llamado de un joven etnógrafo que preguntaba en qué condiciones era posible llegar al «Gran Norte» para visitarlos. Después de cortas negociaciones, su interlocutor lo confió a una familia con la que le tocaba encontrarse, algunos días más tarde, durante una noche ya bien avanzada, al término de la ruta hacia el Norte de Québec, que se acaba frente a un autoservicio, en la ciudad minera de Chi-

bougamau. Le habían advertido acerca de un aislamiento posible e inmediato con aquella familia, en los campamentos a los cuales los miembros regresan al pasar por la ciudad, en ese momento del invierno. Allí, fueron sus primeros pasos en la sociedad crie. Los protocolos de acogida se hicieron sin agasajos particulares, antes de llegar al espacio de los campamentos, para permanecer allí. En lo más profundo de la noche, y cuando el vehículo se internaba en un bosque poblado de píceas, él pensaba realmente tomarse un descanso del mundo de donde venía, sumergido en un universo cuyo entorno tan natural como social le parecía totalmente extranjero.

Después de algunos días, las reglas de conducta de su universo social de origen, lo habrían llevado más bien, a depender de todos sin cese. La usanza de acogida de la sociedad crie, implicaba muy por el contrario, que a su llegada, nadie le preste atención: él comprendió más tarde que haberlo rodeado desde el inicio, de una atención particular, de deferencias y de solicitudes, habría contradicho todas las conveniencias de esta cultura que quería efectivamente, que todo extranjero pueda integrarse en el grupo de manera natural, sin que nada pueda hacer notar su presencia algo, inédita. Aquello que indispondría realmente a un individuo en una sociedad occidental, era aquí, en el contexto de la cultura crie y particularmente, en la marco aislado de un campamento de caza, una maniobra deliberada, destinada a hacer sentir cómodo a un nuevo recién llegado, permitiendo su integración de manera discreta y prudente.

Los primeros momentos del encuentro, no fueron más que una sucesión de situaciones invirtiendo el curso de las interacciones que le eran familiares. El conjunto de los códigos culturales que componían su universo, tenían que ser revisados y corregidos en numerosas ocasiones al interior de una sociedad, donde las condiciones, a veces extremas, habían impuesto a los individuos, un control individual firme y continuo.

El funcionamiento social del campamento de caza contemporáneo

Los campamentos de caza pueden estar compuestos de varias carpas asociadas en ciertos casos, a cabañas de madera. Estas últimas, permiten una comodidad menos provisoria que la de las carpas, y pueden estar equipadas con camas, con algunos muebles, así como con equipamiento necesario para la preparación culinaria y el consumo. Las cabañas son frecuentemente habitadas de modo regular y de modo a veces, casi permanente por mayores según las estaciones propicias a la caza o a la pesca, durante las cuales, se reencuentran

todos los miembros de una familia. Las carpas son frecuentemente ocupadas por cazadores y su pequeña familia. Los campamentos son igualmente siempre frecuentados, ocasionalmente por jóvenes cazadores aún inexperimentados y los hijos de otros hermanos y hermanas de los cazadores, lo cuales son conducidos por los padres en el bosque al lado de sus mayores, apenas un feriado escolar lo permite. Los mayores y, frecuentemente, dos o tres hijos y sus familias respectivas, constituyen entonces el núcleo estable de los ocupantes, que regresan o dejan, en un vaivén continuo, de los hijos o empleados cercanos, al interior del pueblo.⁶

Al interior de las cabañas o de las carpas, prevalece una concepción celular del hábitat que parece no autorizar ningún uso estrictamente privado. El aislamiento de la vida colectiva, al dar vuelta la espalda al centro del espacio común, parece sin embargo, una conducta suficiente para expresar esa necesidad de intimidad individual. La proximidad o el alejamiento entre los individuos, está determinado en realidad, según una serie de actitudes individuales que mantienen la vida colectiva, que el etnógrafo será impulsado a vivir y de la cual, trataremos aquí, de dar los trazos principales.

En el espacio tan restringido como un campamento Cri lo proponga, las interacciones son el fruto de una medida indispensable entre los individuos; estas se organizan según un cierto número de actitudes para que cada uno tome parte en la vida colectiva, según las convenciones y los valores reconocidos por todos.

La no injerencia en los asuntos ajenos siendo una preocupación constante en toda forma de relación, los Cris recurren para ello, a comportamientos de evitación que le permiten a cada uno, preservar tanto su propia autonomía como la del otro, prestando al mismo tiempo, una atención constante a la pequeña colectividad: es común, por ejemplo, que al momento de una interacción, las miradas se encuentran escasamente, cruzándose sólo en última instancia. La mirada que tiende a escaparse es típica de alguien que toma la

6. Las obligaciones de la vida en el pueblo que veremos más adelante, han modificado y roto los ciclos de la vida en el bosque; el universo social y apacible del campamento se ve entonces, tan trastocado por la llegada de ciertos visitantes como por la ausencia de aquellos que residen en permanencia en el pueblo. Partiendo de aquello, es frecuente en las conversaciones, recordar la duración de las estadias de unos en el bosque, pudiendo ir de una semana [*iskanipunh*, toda la semana], a un mes [*iskanipîsimh*, durante todo el mes], o bien a todo el verano [*iskaninîpinh*].

palabra; en vez de cortejar la mirada de su interlocutor, antes bien, la usanza es fijarla en un punto en el espacio. Este equilibrio entre el respeto a la autonomía de cada uno y la responsabilidad colectiva se expresa además por la actividad postural. Que los individuos se coloquen parados o sentados sobre una silla o un taburete, sentados sobre el suelo con las piernas extendidas, de cuclillas sobre el suelo, estas diferentes posturas buscan mantener la integridad de cada uno al interior del espacio común. Aunque es inevitable en ciertas circunstancias, sobre todo en la proximidad que otorga la carpa o la cabaña, la inmediatez de un frente a frente, es corregida por una posición corporal asimétrica. Aunque se puedan sorprender numerosas confidencias en curso, la posición de los cuerpos en el espacio, tampoco presenta simetría, mientras que los propósitos serios pueden verse contrariados por una gestualidad que simula bien a menudo, una diversión cualquiera.

Así como sucede en la mirada o en la postura, la palabra donde los Cris, posee un lugar particular en una conversación, puesto que revela ser tan importante como las formas de comunicación indirectas o no verbales que tienen lugar en el marco de un intercambio.⁷ Repetidas veces, la presencia del etnógrafo en una carpa con de los dos cazadores, lo puso en aprieto, debido al hecho de la casi ausencia de intercambios verbales; su iniciativa propia para romper un silencio que le parecía interminable, pareció asombrar a su interlocutor quien, mirando hacia otro lugar con circunspección, no parecía haber tenido la misma molestia.

La invariabilidad de este comportamiento, verificado en compañía de otros miembros del campamento, lo llevó a plantearse ya la construcción de interacciones sociales de manera bien diferente de aquellas, a las que había pertenecido desde siempre. Enseguida, al contemplar a los miembros del campamento entre ellos,⁸ comprendió que el vínculo colectivo podía elaborarse en una cultura, por el simple hecho de estar juntos y que el fenómeno de copresencia no incitaba necesariamente a usar la palabra.

En el entendido de que la palabra no es la figura central en el esquema comunicacional de los Cris, la conversación propone un modelo sorprendente.

7. En particular, los mayores, a medida que avanzan en la edad, hacen economía de la palabra, instituyéndola de este modo cual precioso vehículo de su saber, cuando se aprontan a tomarla.

8. El primogénito hablaba únicamente el idioma Cri en el campamento; el resto de la familia asociaba el inglés a la lengua crie.

La estructura de las conversaciones no proviene de una introducción, de un desarrollo, hacia una conclusión, sino que toma la apariencia de monólogos en voz baja, que se conjugan siguiendo el número de interlocutores presentes. Tanto es así, que el orden de una conversación no es conducido ni por uno, ni por el otro interlocutor y que los propósitos de cada uno son implemente aprobados por un *ehe* que significa una aprobación, un simple comentario o también un *agudah*, lo que indica que el receptor ha recibido bien las palabras del emisor pero que no necesariamente, tiene que responder.

Es igualmente frecuente, al momento de una conversación, que cada uno se tome el tiempo de pensar en su respuesta, lo que explica los largos lapsos antes de retomar el intercambio. Esto, que se asemeja a largos silencios, frecuentemente forma la arquitectura de un intercambio, puntuado de diálogos breves. Las condiciones del intercambio, son guiadas por el respeto a la autonomía de cada uno de los interlocutores que intervienen en la conversación. Cada uno expone su punto de vista, conforme al consenso, el que debe ser mantenido en las circunstancias de toda conversación. Este implica entonces siempre un consentimiento, validado de manera constante por un *ehe*, incluso si una de las partes no está siempre de acuerdo con los propósitos de la otra parte involucrada. Este último, puede verse contrariado si uno de los miembros, por cualquiera estrategia que sea, trate de convencer al otro, o de ejercer una forma de control sobre la conversación. Al no respetar más las convenciones del diálogo, él será entonces penalizado mediante la partida improvisada y repentina del otro interlocutor.

Como en las conversaciones, los protocolos de cada encuentro, toman un vuelco, a lo menos, sorprendente, puesto que no se encumbran en códigos de cortesía. Los parabienes del buenos días, como es corriente en la sociedad occidental, como el saludo de despedida, o también el dar las gracias que regula las formas de intercambio, aquí son puestas a prueba, en provecho de un conjunto de astucias que considera todo vínculo entre los individuos, en una relación de otro orden, de otra dimensión. El sistema de convención Cri está basado sobre la continuidad de la interacción y concurrencia, si lo comparamos al sistema de buenos modales occidental, no hay que preocuparse de su constante reactualización.

El hecho de que los participantes, ya estén compartiendo una experiencia común, un universo común permanente, es fundamental y suficiente para justificar la buena conducta de un nuevo encuentro. Cada reencuentro proviene de una leve señal con la cabeza, o incluso de un simple enunciado o una simple

anécdota. Todo ocurre como si los miembros aseguraran una continuidad, incluso cuando una relación ha sido interrumpida durante varios días, varias semanas o varios meses.

La discreción y la autonomía individual, siendo la regla para el funcionamiento social, toda forma de irritación o de crispación, es percibida como señal de irresponsabilidad en la conducta para con el grupo. Las bromas están presentes en el registro estratégico Cri, para regular las tensiones cotidianas; permiten dar un paso atrás, siendo muy útil al grupo que se encuentra a veces, en una situación delicada. La mayoría de las tensiones a las que se asiste al interior de los campamentos, provienen de querellas de los más pequeños. Al burlarse de uno u otro de los actores implicados, los adultos logran distraer la atención y después desalentar a los niños quienes bien a menudo, se retiran cada uno por su lado.

Vemos bien, como el conjunto de prioridades que acabamos de describir, tienen por prioridad, el garantizar la autonomía de acción y de pensamiento de cada uno de los participantes. Este fundamento de la comunicación de los Cris⁹ fue ilustrado muy claramente al etnógrafo al momento de una velada, durante una expedición de caza cuando, aprovechando el soporte de una superficie nevada e inmaculada, uno de los cazadores dibujó sobre la nieve dos círculos que se tocaban sin recortarse. Los dos círculos representaban dos Cris, los que en ocasión de encuentro cualquiera, se consideraban como dos individualidades independientes e interactuaban en consecuencia. El cazador le explicó, cómo según él, cada uno de estos dos círculos persistían en una equivalencia que los Blancos no comprendían. Dibujó entonces, más lejos, dos círculos recortándose, puntualizando las tendencias que tienen los blancos, de sólo hacer uno, anulando, según él, el sentido de un intercambio tal como los Cris podían concebirlo. El etnógrafo por su parte, medía el valor de tal esquema, tendido sobre la nieve, el cazador ofreciéndole durante los primeros meses de su visita, la forma canónica de las miles de interacciones que se desarrollaban cada día, frente a sus ojos.

Las condiciones de una inmersión, de una inserción en la sociedad crie y particularmente en el campamento, supone entonces que el etnógrafo efectúe un aprendizaje que consiste en ser confrontado cada día, a las realidades de un entorno rudo, así como a reglas individuales y colectivas complejas.

9. Sobre el cual, varios etnólogos se han detenido por cierto (Darnell, 1984; Preston R. 1976; Preston S. 1986).

La comprensión y la aceptación de todas estas usanzas y códigos de conducta, fue facilitada por la suma de las actividades a las cuales fue constantemente asociado. Si nos situamos al interior de un campamento Cri, este último así como sus entornos inmediatos, son el centro privilegiado de la organización social del espacio. Incluso, si las prácticas de adquisición que son la caza, la colocación de trampas, y la pesca, ya no son completamente el centro de las actividades del campamento hoy en día, ellas se organizan a partir de este espacio, que tiene por vocación, reunir la colectividad de manera permanente.

El espacio del entrapamiento

Acurrucados entre los bordes del lago, y una espesa cobertura del bosque hacia atrás, esta situación del campamento permite un acceso simultáneo a las zonas punciones pesqueras, y a los recursos cinegéticos. Por el flanco del campamento, se yerguen una multitud de piceas que anuncian el espacio para el entrapamiento. Pequeños senderos permiten el acceso a zonas bien precisas que se pueden alcanzar de otra manera, por los caminos a menudo, frecuentados. El desorden exuberante de la naturaleza, bordeando los campamentos, supone un arreglo más frecuentado por los animales que por los humanos; las huellas del hombre son más frecuentes que más lejos en el bosque, sin embargo estas, sólo se limitan a la habilitación de la depredación, o a una extracción de leña que asegure la calefacción en las viviendas. En este espacio periférico, se traban efectivamente, relaciones intensas entre los humanos y los animales puesto que por el borde de los senderos, se encuentran acondicionamientos de depredación, forma muy relativa aún, de la impronta de los hombres sobre el entorno.

Las técnicas de adquisición, en el espacio del entrapamiento, no incluyen material complejo y sus especializaciones residen menos en la habilidad de saber cómo colocar trampas, que en poder determinar la ubicación de la captura, lo que necesita un buen conocimiento del comportamiento del animal.¹⁰ En

10. Las especies animales encontradas en estas zonas de capturas intermediarias, están esencialmente constituidas de una pequeña fauna que agrupa pequeños mamíferos de piel, en su mayor parte, de la familia de los roedores, espacio que comparten con las perdices níveales, el castor, por ejemplo o la rata almizclera que puebla esencialmente los bordes de los medios acuáticos. La liebre, la marta, el armiño, el visón, la comadreja, el puerco espín o el zorro, el lince frecuentan suelos más bien drenados, mientras el castor, la nutria, la rata almizclera, están acostumbrados a ecosistemas

realidad la puesta de un lazo, es una práctica muy simple que el etnógrafo irá adquiriendo muy rápidamente. En revancha, comprender cómo el animal se va a comportar según el espacio (el entorno), y el tiempo (la estación) supone largas observaciones así como un aprendizaje etológico de largo aliento.

La naturaleza de la situación, el tipo de relieve, la naturaleza de los suelos y de la cobertura vegetal son los criterios autóctonos que permiten evaluar las potencialidades de un sitio favorable para la captura de pequeños animales de piel. En este tipo de adquisición, la prioridad está reservada a la identificación de numerosas pistas que suelen tomar las diferentes especies que se acomodan en general, en una cubierta vegetal generosa y complicada. Ciertas prácticas de la caza con trampa pueden alcanzar un grado de especialización importante, esto se aplica a la colocación de trampas para la captura de los castores.

El espacio del bosque

El etnógrafo, se dará cuenta aún mejor, del alto grado de especialización, más lejos, a varios kilómetros del campamento, allí donde el sub bosque alterna con los claros, después los lagos; la naturaleza está dispuesta según una topografía en la que se suceden las colinas y las zonas de bosques planicies, a las que se puede llegar por senderos de motos de nieve, por antiguos caminos de acceso o también, gracias a las rutas implementadas para los vehículos grandes de las industrias circundantes.

El espacio del bosque es puesto en práctica según diferentes formas de técnicas de depredación, puestas en marcha, en función de entornos naturales muy variados (terrestre, aéreo, acuático) y ampliamente utilizados.

Al contrario de la captura con trampa, la caza implica un encuentro con el animal, una fase de aproximación o de paciencia y de contacto directo con el animal de caza, lo que constituye, según los cazadores, el aspecto más importante del procedimiento. Aquí también, las prácticas están menos ligadas a la manipulación de armas o de herramientas de captura que a las aptitudes «de entrar en relación con el animal», de pesquisarlo, de posicionarse en su entorno para acercársele, y presentarse delante de él de la manera más respetuosa

acuáticos de los que no se apartan. Esta característica sugiere que el borde tierra-agua es tan importante para las especies animales como para los hombres que las codician, aunque esta distinción se atenúa durante los largos meses de invierno cuando el suelo se torna uniforme por la cobertura de hielo.

posible. Convidado a las expediciones corrientes, el etnógrafo se posiciona como observador de prácticas muy especializadas y que requieren aún en eso, años de experiencia.

La caza de grandes mamíferos¹¹ genera una cooperación esencialmente masculina que asocia tres generaciones. Asistidos por los más jóvenes, los cazadores actúan basados en los Consejos de los Ancianos, lo cuales permanecen al interior de los campamentos para «normalizar» las relaciones de los humanos con los animales y aportar algunas aclaraciones sobre la gramática de una cosmología compleja.

Los cazadores cuentan con la ayuda de «los vientos» para que los animales les sean dados «en regalo». El encuentro entre los cazadores y ciertas especies animales, es por cierto, siempre provocada por factores calculados de antemano (los vientos, la calidad del manto de nieve, la topografía del sitio) los que, si son correctamente entendidos, llevan a los cazadores hacia un feliz desenlace. Del espacio del campamento socializado por los humanos, progresamos así hacia esferas de socialización animal en las que los humanos están subordinados a una codificación específica, que envuelve las prácticas de la captura y asegura en consecuencia, una buena relación entre las dos especies.

El espacio del lago

Así como sucede con el espacio de la captura con trampa, situado detrás del campamento, el lago prolonga los usos de la domesticidad. Y constituye, efectivamente, un recurso esencial tanto en verano como en invierno, pues es el elemento que se bebe, con el que se lava el cuerpo, el material de los usos domésticos para los utensilios de cocina, y la ropa. El agua, es también aquello con lo que se curten los cueros y con lo que se cuecen. El lago está sitiado en función de atributos toponímicos particulares, según la concentración de sus recursos en profundidad, pero también por la multitud de pequeños islotes de piceas, que compone el paisaje de la superficie.

Cuando viene la barrera de hielo, esta topografía submarina abandona su envoltorio líquido para abrir paso a una superficie endurecida. Ésta permite entonces, a los cazadores, un acceso más cómodo hacia diferentes sectores del territorio que se reparten en los contornos del lago. Ésa es la razón, por la que

11. Los mamíferos más cazados por los Cris son los de origen, el caribú de los bosques así como el oso.

los Cris atribuyen a ese espacio particular, un status episódico de mediación. Este status de mediación, aparece de manera ejemplar en la multiplicidad de los usos sociales combinados de los que, el lago es el teatro. De las diferentes operaciones y técnicas de adquisición que implica esto, la pesca ocupa a todos los miembros de la familia, a excepción de los mayores si son demasiado avanzados en edad para navegar sobre el agua. No está sometida a una división del trabajo según los sexos, tan estricta como en la caza por ejemplo, pues ella reúne al conjunto de los miembros del grupo domestico cualquiera sean sus edades.

La caza de las avutardas y de los patos es una actividad que se efectúa en regla general, a partir de los lagos. Detrás de las ciudadelas de piceas, cuando uno se encuentra de nuevo al interior del campamento, los pájaros toman ciertos ejes celestes según el recorrido de su migración. Su captura, necesita la audacia de los cazadores que se destacan encima de los lagos o en las zonas ribereñas entre las plantaciones de juncos, en las proximidades de los campamentos o más lejos, siguiendo las franjas del lago, donde gusta posarse el ave migratoria. Sus migraciones y costumbres están lejos de facilitarle la labor delicada y apasionada a los cesteros y a los cazadores, si el ave decide instalarse en los sectores donde el junco abunda y considerando que debe ser aproximada a veces, por bote. Es la variedad de los entornos en los que se esconde, y la destreza de los cazadores para aproximarla y matarla, que hace que el ave sea una presa exigente y tenida en alta estima, por el conjunto de la pequeña colectividad.

El campamento de caza como condición absoluta de la integración en la cultura crie

El campamento, más que todo otro espacio social, significa una pertenencia en la cultura crie, ya no solamente por la suma de experiencias compartidas al interior de este, por cada uno de sus miembros y de un convidado asiduo que se integrará en él, con éxito, permaneciendo discreto, participando en trabajos colectivos en la medida de sus competencias, apreciando una cocina esencialmente constituida de carne silvestre y altamente apetecida por el grupo en su conjunto.

Las maneras ligadas a la mesa, tanto como las prácticas de adquisición a las cuales están vinculadas, constituyen la expresión constantemente renovada de usanzas ancestrales, que la pequeña colectividad se empeña en integrar al in-

terior de un mundo en plena marcha. Si consideramos el campamento de caza Cri, algunos decenios atrás (Tanner, 1979; Feit, 1978), aparecía entonces como una expresión sin mediaciones de las condiciones geográficas y climáticas locales, y su presencia estaba esencialmente explicada solamente por la búsqueda alimentaria ocupando toda la colectividad. Hoy en día, el campamento de caza se revela efectivamente como siendo el hogar mantenido por un régimen de solidaridades y de tradiciones que ya no encuentra realmente lugares donde expresarse en los otros espacios sociales siendo estos el pueblo o la región. Esto supone que el campamento se posiciona en relación a otros espacios sociales vividos, que ciertamente no reciben, ellos, este valor de intimidad.

El pueblo

La pertenencia a la comunidad pueblerina con los derechos y los deberes que ello implica hoy en día, encuentra su legitimidad en las relaciones de parentesco que se han constituido entre sus miembros. El pueblo, que los Cris de Ouje-Bougoumou construirían en 1993 y que reunió las siete familias fundadoras del grupo, no corresponde a ninguna de las formas sociales que conocieron los Ouje Bougoumou antaño, al contrario del campamento de caza, el cual constituye y expresa una continuidad cultural, aunque se hayan operado numerosos cambios en este último. Pero mientras que, en el pasado, los principios de la organización social estaban fundados sobre la base de la unidad familiar extendida, que se encontraba dispersa la mayor parte del año (Bosum, 2001; Frénette, 1984; Chicoine, 1990), el pueblo va a constituir una unidad social específica y permanente, la agrupación, que deberá responder a nuevas lógicas de decisiones y de organizaciones.

Panorama general

Situados en el borde del lago Opémiska, las viviendas del pueblo gravitan alrededor de un polo de servicio central, donde los edificios colectivos, son concentrados de modo circular. Se asiste al desarrollo de varios círculos a partir de un punto central, materializado por un edificio tradicional, el «Shaptuan»: en el primer círculo, se concentran la oficina del consejo de la agrupación, el consejo de administración de los asuntos y la iglesia. En el segundo círculo: separado del primero por una calle circular, las residencias de los mayores, las de las enfermeras así como las de los profesores. La clínica está localizada en

el punto más alto del pueblo, para beneficiarse del mejor punto de vista sobre el lago. Esta está edificada a nivel de las viviendas que se reparten por un lado y otro de una vía asfaltada y usada por los vehículos. La escuela está situada al Sur del pueblo, hacia los bordes del lago. La arquitectura de la mayoría de los edificios es garante del vínculo intenso de la colectividad con la naturaleza, gracias a largos y constantes ventanales, que buscan juiciosamente engañar el interior y el exterior, pero que de hecho, tienen por efecto, que todo se ve y todo es visto, estando de un lado o del otro punto de relación. Que sean de orden comunitario (podríamos decir también público) o de orden privado, las construcciones del pueblo funcionan como un panóptico y revelan limitantes que apuntan frecuentemente a los actores sociales: la presión social, el contexto jerárquico, la politización de los espacios a los cuales el etnógrafo también será confrontado. Entonces el montaje normativo, ya no es el mismo, e implica actitudes sociales particulares en esta partición, entre el universo doméstico del campamento y el de los aires más colectivos de la comunidad, donde el espacio no está afectado institucionalmente, con los mismos valores y las mismas potencialidades de usos autorizados.

El etnógrafo en el pueblo

El etnógrafo se va a dar cuenta, cuanto el pueblo propone un contexto de existencia bien diferente de aquel que encontró en los campamentos de caza, sobre los territorios. Él, se contentará desde entonces, con observaciones que impliquen su participación en menor grado que aquellas que conoció en el bosque, pues las reglas del colectivo van a ser redistribuidas mediante instituciones separadas, reguladas según un horario más o menos preciso, aunque flexible. Esta flexibilidad, da testimonio además de principios culturales que los Cris se han reapropiado, inventando maneras de vivir el salario y su urbanidad. Estas se despliegan al interior de diferentes instituciones que lo componen y en las cuales, él será introducido, pues una parte de los miembros de la familia que frecuenta, trabajan en estas: el consejo de la agrupación, por ejemplo, el centro económico, que constituyen por cierto, límites para la etnografía así como focos de resistencia para toda observación exterior. Los siete años de existencia del pueblo y las administraciones aún jóvenes son suficientes, según algunos de sus marcos, para justificar semejante desconfianza respecto de cualquier interés, que pueda tener un extranjero respecto de sus organizaciones. En contraparte, la clínica o la tienda artesanal recibieron menos oposición y

la presencia del etnógrafo fue incluso bienvenida. En cuanto al hábitat, este constituía un tópico ideal para examinar las circunstancias culturales en las que estaba implicado el etnógrafo.

Al interior del pueblo, la labor del etnógrafo, consistía en sondear varios sitios de observación del cotidiano de los residentes, visitándolos regularmente durante la jornada, al interior de las administraciones o cruzándolos en las alamedas o en las calles, o también al interior de la tienda de abarrotes, teatro de breves pero numerosas conversaciones durante las cuales, cada uno recibía noticias de unos y de otros. El etnógrafo conseguía así, mantenerse al corriente del menor evento que animara el cotidiano de las comunidades.

Al interior de la clínica o de la escuela, el etnógrafo encontraba siempre un cómplice de su entorno familiar, que lo había recibido en los campamentos y que desempeñaba una función en las administraciones o en los servicios comunitarios del pueblo, para guiarlo en actividades que se estuvieran realizando, o para orientarlo hacia aquel con el cual podría compartir las ocupaciones del momento. A veces, lograba participar en algunas sesiones destinadas a los residentes del pueblo, acerca de la salud por ejemplo, o encontrarse en repetidas ocasiones, comprometido, con labores que involucraban a toda la comunidad, como por ejemplo, las grandes limpiezas que se hacían después de los deshielos, o también, en las grandes preparaciones culinarias de los festivales musicales, que exaltaban la colectividad durante el verano.

Las administraciones del pueblo

El consejo de la agrupación es un organismo que tiene el poder de decidir, que supone una división entre responsables y la población, entre diferentes niveles de saberes lo que implica la potencialidad de una transformación radical de la sociedad crie, entre administradores y administrados. El salario implica un modo nuevo de relaciones sociales, tan bien, que conviene preguntarse, como el etnógrafo se integra a esta compleja maquinaria administrativa. La administración aseguró primeramente, la participación de los empleos a los miembros de las familias de la comunidad, que han crecido en las escuelas provinciales, donde han adquirido un cierto saber-hacer, que se expresa desde ese entonces, al interior de los organismos administrativos autóctonos como el consejo de la agrupación. El paisaje social de la administración se compone de actores, que estarían unidos no sólo por la historia colectiva que compartieron juntos antes de la creación del pueblo, sino también por lazos de parentesco o de afinidad,

que conforman el sentido de pertenencia a la agrupación. Al mismo tiempo, el tejido de las solidaridades familiares tiene su lugar al interior de las estructuras comunitarias, pues en general, aquellos que se presentan para un puesto, lo hacen en gran parte porque tienen un miembro de su familia que trabaja allí.

Las normas de interacción que pusimos en relieve en el campamento de cada cual, y que retienen los principios de autonomía individual en relación a la responsabilidad colectiva, tiene un rol a desempeñar en el marco de las relaciones, al interior de las oficinas. De esta manera, el etnógrafo observa repetidas veces, maneras particulares de delegar, por parte de los administradores hacia sus empleados, utilizando formulas neutras como «hay (tales cosas) que cumplir para esta semana» o también «sería bueno si (tal cosa) pudiera ser hecha en (tal) plazo», expresando de este modo, una puesta en común efectiva de la acción a emprender.

La repartición rigurosa del trabajo, asociada a la autonomía de cada uno en la ejecución de las labores, son también estrategias que permiten atenuar la delegación de los poderes, en cada uno. Por otra parte, ciertos actores permanecen, efectivamente, centrados en el funcionamiento de su trabajo en función de valores tradicionales (empleados que se prestan servicios mutuos, reemplazos voluntarios, ayuda a los empleados nuevos de parte de los ancianos). Ellos tendrán tendencia a trabajar juntos o se acostumbrarán a modos de funcionamiento menos instituidos, pero tolerados en las oficinas y de los que conocen las reglas. La administración se estructura así, por pequeños grupos responsables o pequeños grupos más autónomos preexistentes, permitiendo al etnógrafo, una observación por cierto, totalmente relativa y bastante menos completa y participativa, en relación a lo que conoció en los campamentos.

Ahora bien, oficinas y servicios quedan abiertos a todos en permanencia e incluso, si se dicen desbordados, los empleados reciben frecuentes visitas, a menudo inoportunas, de los miembros de sus familias, de amigos, o conocidos, no alterando en nada sus actividades, las cuales permanecen flexibles. La administración tiende a permanecer garante de una cierta disponibilidad hacia los miembros de la comunidad, a quienes, ella otorga servicio. El etnógrafo, le saca provecho. Las jornadas de trabajo son transcurridas también por numerosos tiempos de pausa, que cada uno toma en una cocina equipada de aparatos electrodomésticos, de máquina de café, y de placas eléctricas y que además, acoge durante el medio día, a ciertos familiares o amigos con los que se vuelven a encontrar.

El mundo de las oficinas supo mal que bien, adaptarse a la sociedad con-

temporánea repercutiendo en parte, en el universo del bosque; las vacaciones para la caza, la flexibilidad de los horarios favorece una cierta fluidez, un compartir social, acorde con los valores de la cultura. Esta fluidez, es ciertamente lo que expresa mejor los valores organizacionales del trabajo en el entorno Cri. Los horarios son llamados «flexibles». Estos no modifican el contenido del trabajo, pero suprimen de cierta manera, la limitante de una cierta puntualidad. Esta especificidad está particularmente manifiesta también cada vez que uno se toma la molestia de visitar un asalariado que trabaja en las oficinas, y a menudo está en desplazamiento, o se ha ausentado por «razones familiares».¹² En el mismo sentido, no es recomendable ir a buscar algún miembro de su propia familia o un amigo el Viernes a partir de mediodía, o el lunes cerca de la misma hora, pues se arriesga a encontrar a uno de sus colegas diciéndole «que ya se fue» o «que volverá pero difícil saber cuándo».

Las viviendas del pueblo

Reagrupadas en la periferia del pueblo, las viviendas familiares están dispuestas en pequeños barrios abiertos, separados por vías peatonales autorizadas a los vehículos motorizados. El salario, las actividades comunitarias mantienen ocupados a sus residentes, y los tienen separados los unos de otros durante buena parte de la jornada. La casa, no es más que parcialmente, un lugar de producción doméstica que reúne a la familia extendida, para el descanso y las actividades sociales. La casa concentra a menudo, varias generaciones que viven de manera episódica en la misma unidad de vivienda. El número de personas que viven bajo un mismo techo, es siempre difícil de estimar porque es muy flexible y puede reunir tres personas de una familia nuclear durante tres meses, y varias decenas de personas durante el resto del año. De un año a otro, la casa conserva entonces rara vez la misma composición social. Esta, se modifica continuamente en función de los vínculos de parentesco, los que se extienden incluso más allá del pueblo. Es frecuente que un primo o una prima, un tío o una tía, provenientes de otra comunidad, vivan en un mismo hogar. Sólo la presencia de los padres, confirma la constancia de su composición social. Por otra parte, ocurre frecuentemente, que los hijos al llegar a la edad

12. La expresión significa menos motivos de enfermedad que el hecho de haber ido al encuentro del pariente sobre el territorio familiar, lo que es totalmente legítimo.

adolescente, prescindan de la casa de los padres durante un tiempo indefinido, prefiriendo aquella de los tíos o de las tías que ellos comparten con sus primos y primas. El etnógrafo se acostumbra entonces a la casa Cri contemporánea que es, además, la expresión de una asombrosa flexibilidad de la ocupación de las piezas por sus residentes quienes ceden voluntariamente su recámara a visitas imprevistas y comparten sin dificultad los espacios comunes ya sean estos la sala de estar, la cocina, o el comedor con extranjeros. En esto, los residentes hacen perdurar las reglas del hogar Cri, respondiendo así a los principios de la hospitalidad propia de la cultura.

Por otra parte, los usos de la domesticidad de la casa moderna crie, recuerdan principios de flexibilidad respecto de las funciones de las piezas que son consagradas, a menudo, a múltiples usos. Ciertos lugares diversos de la casa en el pueblo, pueden acoger los trabajos domésticos a los que se dedican en el campamento. En ciertas ocasiones, la sala de estar y la mesa del comedor, pueden volverse verdaderos talleres de fabricación de objetos o de vestimentas artesanales, por ejemplo.

Algunas recamaras pueden servir de lugar de almacenaje, cuando el espacio hace falta en otras partes de la casa. Sin embargo, el nivel superior de la vivienda tiene generalmente hoy en día, una función casi exclusiva de reposo o de estadía. Y es en el nivel inferior, en una de las piezas del subsuelo que cumple con las actividades ocasionales que requieren una disposición particular, como el corte de la carne por ejemplo, cuando un animal de caza llega del bosque o de la piel del pescado, la preparación de cueros y de pieles, la confección de objetos de artesanía complejos como la raqueta de nieve.

El consumo, también, responde raramente a un horario fijo y parece retomar, además, los principios informales del consumo en los campamentos. Según los periodos de actividad que concentran o separan a los miembros del hogar, los horarios fijos para alimentarse encuentran aquí poco sentido; como por un eco a los usos de las comidas en los campamentos, donde se come lo que está disponible en cualquier momento del día, el compartir las comidas en el hogar de los pueblos, retiene esta imprevisibilidad de las circunstancias del cotidiano; la casa crie contemporánea tiende, como lo constatará el etnógrafo, al mantenimiento de las reglas ancestrales de acogida del menor visitador que, según uno de mis informadores, encontrará siempre algo que comer a cualquier hora y en cualquier momento del día.

Eeyou Istchee

Si la movilidad existe donde los Cris desde que ocupan la región del sub ártico, ésta se encuentra en la sociedad contemporánea y constituye una continuidad para sus miembros, los cuales, finalmente, nunca han cesado de buscar soluciones tecnológicas para asegurar sus desplazamientos en la región. Antes que apareciera realmente la noción de región administrativa, durante y después de las negociaciones de la Bahía James y del Norte de Québec, ella cobraba significado a través de una lengua común, comprendida por todos esos pequeños grupos, cada uno especificándose mediante un dialecto local así como prácticas culturales específicas, vinculadas al entorno y a los diferentes sectores que ellos ocupaban. Hoy en día, la región no es solamente un hecho de paisajes y de elementos naturales convertidos en cultura (lagos y ríos, sectores de caza definidos gracias a atributos toponímicos). Ella se impone, desde ahora en adelante cada vez más en los Cris, (como el etnógrafo del resto) como instancia político administrativa y espacial. Cada día, los Cris replantean la pregunta de los límites, de las fronteras de una geografía con múltiples facetas, ya sea «regionalizada», «comunitarizada», «territorializada», «municipalizada». En efecto, en muchos aspectos, la dimensión regional de la sociedad de los Ouje-Bougoumou invita al etnógrafo a reflexionar acerca de las maneras de aprehender una entidad cuya existencia de los miembros de la familia que él acompaña sin cesar, es cada vez más determinada por otro lugar, por cosas que se deciden o se hacen en Ottawa, en Montreal, lugares o instancias donde ellos, eventualmente, sólo pueden actuar por intermedio de representantes. Efectivamente, la región crie parece estar fundada sobre pertenencias, desde ahora, mucho menos probables, de las que, trataremos de definir algunos principios.

Recorrer el territorio, posee sentido, incluso de una práctica social que los Cris han siempre considerado cotidianamente. Pero el gusto por la movilidad que prevalecía antaño al interior de los territorios, se ha extendido hoy en día, a la provincia del Québec y a menudo, incluso bien más allá: los fines de semana bastan a algunos para juntarse con algunos miembros de sus familias en Montreal desde el pueblo de Ouje-Bougoumou, y estar de regreso en la comunidad para el inicio de la semana (son aproximadamente 1700 km ida y vuelta).

Los motivos de los desplazamientos de los Cris a través la región van a ser múltiples, pero se pueden considerar siguiendo dos niveles: por una parte, estos se van a inscribir en un marco institucional muy organizado: las asam-

bleas anuales, los foros, los coloquios, los encuentros. Se expresan a través de las instituciones de cada comunidad: la político, la económico, la educación, la salud, las actividades tradicionales. Lo formal aquí domina. Las reuniones políticas antes que nada. Las reuniones para lo económico. Igualmente, la educación que va a requerir numerosos desplazamientos, tanto para aquellos que parten a estudiar, como para aquellos que están en formación, particularmente muchos adultos. Enseñada, la salud, va a drenar un gran número de personas. Aquellos que toman sus cuidados en otra parte. Los numerosos foros y reuniones de información, de prevención.

Después están los motivos informales: las ceremonias, los encuentros familiares, los encuentros interculturales, como los *pow wows*, son ejemplos también.

Las actividades religiosas toman una parte importante de las actividades sociales de los Cris. Podemos considerar dos actividades ceremoniales mayores que implican desplazamientos para las familias: por una parte las misas que se desarrollan en la iglesia o en el templo de uno de los pueblos. En relación a la familia de los Ouje-Bougoumou, estas reuniones pueden tener lugar en el templo de la ciudad que concentraba antaño, toda la agrupación. Así entonces, las bodas constituyen de igual manera, razones importantes para los desplazamientos entre las comunidades especialmente. Se trata de eventos bastante grandiosos en los que todo el mundo participa, pero para los cuales, las niñas sobre todo son designadas para contribuir en la preparación de una fiesta que ocurre después de la ceremonia y que debe necesariamente implicar una gran parte de la población. Las actividades ceremoniales conciernen igualmente los ritos de iniciación, que se desarrollan más a menudo en los campamentos, sobre los territorios de caza, de la familia. La ceremonia de los primeros pasos o aquella de las primeras sesiones de caza, concentran a numerosos miembros de las familias para festines importantes.

La educación constituye otra razón mayor que implica los desplazamientos de las familias. Situada en el tercer círculo del pueblo, en Ouje-Bougoumou, la institución escolar significa para sus habitantes, una permanencia regulada por horas fijas, y entonces, una limitante que se agrega a la de los horarios de las ocupaciones salariales, algo que deben tener en cuenta al momento de sus desplazamientos. Para las escuelas elementales, primarias y secundarias que encontramos en la mayoría de las comunidades, esta periodicidad pesa, sin embargo, menos sobre la movilidad familiar puesto que se ha adaptado, en parte, a los movimientos de su población mediante los programas escolares

adaptados a los ciclos escolares cinegéticos. La distribución de la red escolar moderna en las comunidades, supone que las familias adapten su movilidad a los principios del funcionamiento de esas escuelas, así como las escuelas se adaptaron a las limitantes de la vida del bosque. La movilidad depende de organizaciones que imponen un sedentarismo prolongado, y que obligan a una población del movimiento a restringir los desplazamientos de las familias, desde el pueblo hasta los campamentos, pasando eventualmente por la ciudad.

La red de escuelas que ofrece programas más avanzados (particularmente para los alumnos de secundaria) se encuentra considerablemente centralizada en relación a las escuelas primarias que se encuentra en cada una de las nueve comunidades. La escuela secundaria más cercana del pueblo de Ouje-Bougoumou, está situada en la comunidad de Mistissini. En consecuencia, los estudiantes son invitados a recorrer un buen centenar de kilómetros para poder acceder a sus servicios. La otra escuela secundaria, está situada sobre la costa de Baie James, en la comunidad de Chisasibi y supone en este caso, un trayecto de un día completo en vehículo, si no se puede tomar el avión. La presencia casi inevitable de parentesco, incluso lejano, puede ser un recurso para atenuar las dificultades que pueden generar tales desplazamientos.

Para aquellos que se involucran en estudios más largos, el acceso al nivel universitario les impone una estadía más larga al interior de los campus universitarios de las grandes metrópolis al Sur, a menos que hayan escogido inscribirse en programas más específicos, en los institutos o universidades de las ciudades alrededor del Lago Saint-Jean o Val d'Or en Abitibi, que posee un departamento específicamente dedicado a los estudiantes autóctonos. Inspirados por los reportajes televisivos dedicados a los sueños de un logro posible en el universo multiétnico de las grandes metrópolis, ciertos adultos jóvenes, deciden también exiliarse momentáneamente fuera de la comunidad y se reúnen, con miembros de la parentela que ya se han implantado allí.

Como pudimos apreciar al interior del pueblo, la salud cobra un lugar considerable en las preocupaciones cotidianas de los individuos, y el menor síntoma, es sometido a la consulta de los médicos o enfermeras, así como de los miembros de la familia susceptibles de identificar los dolores. Los servicios de salud Cri, comprenden una clínica en cada una de las nueve comunidades, la cual provee de los cuidados más urgentes a las poblaciones locales. Personal euro canadiense, y empleados Cri, obran para las demandas de una población que puede contar con los servicios del hospital de Chisasibi, o de Mistissini para servicios más especializados. Ciertos cuidados necesitan frecuentes au-

sencias, lejos de las comunidades por varias semanas, incluso varios meses, a veces, en el caso de hospitalizaciones más serias, que requieren del apoyo del sistema médico más instrumentalizado de las grandes metrópolis.

La distribución de las administraciones en el espacio regional, demanda desplazamientos regulares de los jefes de las nueve agrupaciones, de los miembros del consejo, y de los administradores.

En las oficinas, los calendarios ennegrecidos de reuniones y de asambleas semanales, mensuales y anuales, son pretextos de numerosos desplazamientos. La distribución de los órganos con poder de decisión en un espacio que cubre un poco más de mil kilómetros, implica largas distancias por recorrer, implica también el uso de dos aviones que posee la compañía AirCreebec, que abandona las nueve comunidades crics de Baie James desde Montreal. Las reuniones están a la medida del número de comités en los que los Cris, han debido involucrarse tras las negociaciones y requieren tanto a los poderes locales, los miembros de consejos de agrupación, como a los administradores de las entidades regionales. Estas se desarrollan en el conjunto de las comunidades, aunque aquellas en las que ciertas ramas de la administración han sido implantadas, son privilegiadas por su organización.

En otros casos, tienen lugar en las ciudades, donde se encuentra esa misma administración, Val d'Or y Montreal.

Sean ellas de orden político, cultural o deportivo, estas reuniones son amenizadas de visitas familiares o amigables, que inician o terminan la estadía. Las asambleas consultivas en las que se pide la participación activa de la población, implican el desplazamiento de familias enteras; estas anuncian una socialización intensa puesto que tienen lugar en las comunidades de los grupos de las costas o de aquellas del interior. Los establecimientos hoteleros de las comunidades son entonces, movilizados para recibir a los responsables provenientes de diferentes comunidades y con participación importante en diferentes comités.

Las comunidades crics participan hoy en día, muy activamente a numerosos eventos y actividades recreativas que se desarrollan tanto en los pueblos, como en las ciudades. Estos eventos rompen las cadenas de lo cotidiano de los pueblos e implican un número considerable de aficionados que convergen hacia esos lugares nuevos de reuniones que se desarrollan al aire libre, o en grandes arenas, implementadas para las circunstancias. El hockey sobre hielo es un deporte muy popular en las comunidades, tanto como los son las carreras de moto nieve. Los torneos de hockey se hacen durante los largos

meses del invierno y son organizados cada semana en una comunidad. Cada comunidad posee además hoy en día, un equipo compuesto de jugadores Cris, que en ocasiones, se lucen en competiciones de nivel provincial. Para los más apasionados, los desplazamientos se efectúan regularmente desde las comunidades hasta las ciudades activas en ese sector de actividad, como son Val d'Or, La Sarre, Rouyn Noranda, así como Amos en Abitibi, pero también Montreal para seguir el campeonato nacional.

Para el etnógrafo, la sociedad regional crie corresponde igualmente a una revolución de las formas de sociabilidad, resultante del desarrollo de los transportes (moto nieves, autos, camionetas, bus interregional, avión) y de nuevos medios de comunicación (Internet, telefonía móvil) que favorecen desplazamientos más largos y rápidos. Los Cris, le otorgan un valor considerable a la adquisición de un vehículo, el cual se revela como siendo una verdadera célula doméstica móvil, confortable y espaciosa, pudiendo acoger a buena parte de la familia extendida. La mayoría son de tamaño familiar y permiten efectuar largos trayectos asegurando a la vez, comodidad a numerosos pasajeros. Cuando el etnógrafo constata cuanto tiempo pasan los Cris en sus vehículos, estos se convierten en otra especie de espacio ineludible para su estudio.

La adquisición de estas nuevos modos de desplazamiento, permite corregir las consecuencias del alejamiento de un paisaje social más borroso y geográficamente muy extendido, en el cual numerosos Cris viven ahora, haciendo la experiencia de pequeñas diásporas. Este fenómeno, ya no le impone necesariamente al etnógrafo la prueba de un largo aislamiento espacial y temporal como era la usanza, en el pasado (o como lo es aún, en otras regiones). La noción de inmersión del etnólogo en la sociedad a la que se apega en estudiar, se desplaza tanto como es contrariada, corregida y revisada (Clifford, 1992, 1997): el aislamiento geográfico ya no es necesariamente válido; una parte de su experiencia podría haberse desarrollado muy bien en Montreal, Val d'Or, al interior del medio industrial donde vive hoy día, una fracción representativa de la sociedad crie. Es esta, una de las constantes que el etnógrafo ha podido vivir y observar a lo largo de las estadías que pasó en compañía de los miembros de su familia de acogida e incluso al momento de sus ausencias cuando, residiendo en Montreal, recibía mensajes en internet, advirtiéndole que uno de los miembros de la familia que lo había acogido, se encontraba en la ciudad, y que en todo momento, hubiera sido conveniente que hubieran podido encontrarse. Observador participante en sus numerosos desplazamientos, el etnógrafo acompañaba ciertos miembros de su familia de acogida cuando se

presentaban, por ejemplo, a las reuniones que necesitaran de su participación para finalizar opiniones o para votos, a las visitas médicas o a visitar a algún pariente en observación en alguno de los hospitales de la región o también cuando sacaba provecho de algún lugar vacante en uno de los vehículos que partía para Montreal en ocasión de eventos deportivos o culturales, como los partidos de hockey por ejemplo, que son muy frecuentados por los Cris.

El etnógrafo organiza entonces sus herramientas de observación según una geografía social multi centrada (Marcus 1995), desde las comunidades en el Norte, hasta Montreal u Ottawa, al Sur, donde se encuentran implantadas ciertas administraciones regionales y en consecuencia, donde miembros de las familias tuvieron que expatriarse.

Las ciudades

La sociogeografía crie, ya no se contenta con lo local. Los miembros de la sociedad crie, viven efectivamente, la paradoja de una alternancia constante, entre una movilidad incesante orientada hacia afuera, y un apego inalterable a su territorio. Para algunos, ellos empujan las fronteras de sus prácticas espaciales hasta mezclarse en las masas de las ciudades y de las grandes metrópolis del Sur, sin por eso, olvidar de donde vienen.

Los circuitos familiares y comunitarios aseguran un régimen de solidaridad que vincula a los individuos desde sus casas al interior de la comunidad hasta las grandes ciudades. Estas redes que se extienden a partir de ahora, representan una seguridad para individuos que viven en contextos culturales nuevos.

Ciertas ciudades, al interior de la provincia de Québec, de igual manera, forman parte del espacio regional de los Cris de Baie James pues han desempeñado un rol importante para las poblaciones que las ocupan en permanencia o las frecuentan a menudo. Estas ciudades forman parte de la geografía local de las poblaciones crie puesto que, por una parte, ellas se desarrollaron en los sectores que ciertas familias frecuentaban desde miles de años, y por otra parte, porque a veces han jugado un rol, y un arraigamiento en la historia contemporánea de ciertos grupos.

Chibougamau, por ejemplo, se inserta a la vez en el paisaje histórico pero también contemporáneo de los Cris de Ouje- Bougoumou pues es allí que pudieron reunirse las familias de la agrupación dispersada, para elaborar sus reivindicaciones y edificar su propio pueblo. Algunos miembros de la agrupación residen allí hoy en día, en permanencia. Constituye también el punto de

convergencia de numerosas familias que regresan de las grandes metrópolis del Sur, donde pasaron el fin de semana y realizan allí, su última parada antes de volver a las comunidades de Ouje-Bougoumou y Mistissini o de Nemaska (para lo Cris del interior). Es finalmente, para la mayoría de los habitantes del pueblo, un lugar de distracción para las compras o para las festividades.

Las familias crie dependen hoy en día, de los almacenes donde ellas encuentran una parte de la alimentación, y otros numerosos insumos como la ropa, la ropa de cama, las herramientas, los equipamientos electrodomésticos. Los almacenes se han vuelto puntos de paso obligados en el espacio social, y la búsqueda de provisiones es una actividad que implica idas y venidas frecuentes entre el pueblo de Ouje-Bougoumou y la ciudad de Chibougamau. Estos grandes movimientos de población hacia los grandes almacenes de la ciudad, corresponden a la recepción del cheque de pago para cada uno de los asalariados del pueblo, y las familias ambicionan entonces más amplios insumos, así como material según las necesidades de la familia extendida. Numerosas familias se reencuentra en Chibougamau bajo un gran mercado donde se concentran numerosos almacenes.

Enseguida, están las ciudades nórdicas más importantes, entre las cuales, algunas han desempeñado el rol de centro administrativo y político para las comunidades crie, antes de la relocalización de sus administraciones al interior de las mismas comunidades. Estas, más alejadas geográficamente, de las comunidades, ya no hacen parte de una geografía íntima para los grupos, aunque las generaciones más jóvenes han ido generando vínculos particulares con esos pequeños centros puesto que, pasaron allí algunos años de sus estudios. Para la mayoría de las familias, las ciudades constituyen puntos de apego, de reencuentro pues, ciertas instituciones que los representan, se encuentran aún implantadas allí. Son también etapas posibles para aquellos que toman rumbo más al Sur, en las grandes metrópolis.

Val d'Or tuvo una función importante al principio de la implementación de las administraciones crie, pues la Autoridad Regional crie establecía allí sus barrios tras la firma de la Convención de la Baie James en las Galerías Val d'Or, un centro animado de la ciudad, que se ha vuelto un paseo ineludible de las familias que vienen de las comunidades y que parten para las metrópolis hacia «el Sur». Situada equidistante entre la región de Baie James y las grandes metrópolis del Québec, la ciudad de Val d'Or constituía un punto geoestratégico favorable para asegurar el conjunto de los servicios a las comunidades crie y poder seguir la transferencia de los poderes de jurisdicción federal y provincial

a la gobernación crie. La firma, en 1975, de la Convención de la Baie James y del Norte de Québec, trajo el establecimiento de los dirigentes Cris, estos, hacen valer que según los entendimientos de 1898 y de 1912, Val d'Or y su entorno, forman parte del territorio en el que ellos tienen ciertos poderes.

La implantación de las administraciones en la ciudad significaba también la instalación de algunas familias, asalariadas a más o menos largo plazo, contando con un alojamiento y habiendo escolarizado algunos de sus hijos al interior de la ciudad.

Finalmente, hay que evocar las grandes metrópolis, a menos de mil kilómetros de la primera comunidad crie (Waswanipi). Cada una de estas grandes ciudades, ha desempeñado un rol político primero, y social después, para los Cris de la Baie James porque allí instalaron sus oficinas para llevar a buen término, sus negociaciones con los gobiernos federal y provincial en cooperación con expertos, consultores y abogados. Québec y Montreal han sido las metrópolis que representan el poder provincial que administra a los Cris. En Ottawa, capital de Canadá, abarcando parte de Québec y de Ontario, los Cris han establecido una antena del Gran Consejo para trabajar con las instancias federales.

La metrópolis de Montreal abraza aún una rama del Gran Consejo de los Cris. La representación de los Cris en la metrópolis a través de esta gran instancia política les permite trabajar continuamente con expertos, y otros consultores y mantenerse en contacto con los gobiernos federal y provincial. Una rama de la Comisión Escolar crie asegura la mantención de los estudiantes Cris que cursan sus estudios en las universidades de la ciudad. Por otra parte, los servicios de salud son especialmente asegurados, al interior de los grandes hospitales de la metrópolis. Esto implica la presencia de numerosas familias que visitan pacientes. El periódico *The Nation*, el cual emite una publicación bisemanal, en cada una de las comunidades y en las ciudades principales del Norte, instaló también sus cuarteles en la gran metrópolis.

La dimensión regional es entonces, hoy en día una realidad que resuena hasta el nivel más local de los campamentos de caza y de los miembros de la familia extendida. En función de estas experiencias –al exterior de la comunidad– se define otra «indianidad» que se cumple, para muchos Cris, en una interacción constante con «el mundo blanco».¹³ De pronto, nuevas alianzas

13. El término *wâmistikushiiu* define el «hombre blanco», es decir, este «otro» que desde su llegada «ha hecho a los Inuuch 'los hombres' (los Cris) la vida siempre más difícil».

se elaboran, nuevas ideas ven el día, cuyos ecos resuenan a veces, hasta en las esferas más íntimas de los campamentos.

En breve, se trata de comprender esta sociedad críe como multipolar: su «multipolaridad» (espacio de los campamentos/ entorno social comunitario/ entorno social urbano) redefine la experiencia del etnógrafo, reformula la pregunta acerca de sus representaciones e incluso a veces, aquella de las herramientas necesarias para comprender una sociedad. Una vez relativizadas las fronteras que se supone deberían separar el campamento del pueblo, los campamentos de la ciudad, su experiencia etnográfica fue confrontada a nuevas geografías culturales, las que, entrecortándose y fusionándose entre ellas, revelaron finalmente un universo social hecho de un recorrido y de una intensa circulación.

Conclusión: el territorio de la escritura

A la experiencia colectiva del encuentro y de la experimentación, sigue la prueba solitaria de la escritura. Es el momento en que la experiencia de aquel que era etnógrafo debe cumplirse nuevamente, fuera del tiempo esta vez, a través del ejercicio de la memoria, en el que se reconstituye una sociedad con la ayuda de fragmentos esparcidos tal como piezas de un puzzle que él va a tratar de reunir para darles una improbable coherencia. La escritura etnográfica es un medio que debe idealmente retranscribir una realidad inmediata, pero que sin embargo, ya escapa al etnógrafo. Lejos del contexto social que compartió, este último está condenado a seleccionar ciertas informaciones ante una sucesión de escenas culturales cuya totalidad, ya se le escapa.¹⁴ Reconstituye sólo un fragmento de la anatomía de actos, de eventos en ciertos lugares donde vivió, en ciertos momentos, aplicándose en aprehender de mejor manera posible, y para cada uno de ellos, la inmediatez.¹⁵

14. Corresponde aquí poner el acento sobre esta otra relación del observador a la cultura que él observa, que se vuelve ya no solamente una relación a lo real, sino una relación al texto y a la escritura (Jamin, 1985: 19).

15. Se puede hacer referencia aquí al postmodernismo advertido de James Clifford que como lo explica Rabinow (1985: 94) «ha creado y ocupado la carne de escribano de nuestros garabateos (hablando de los antropólogos)»; según Clifford y Marcus, «el otro», el sujeto de todo estudio etnográfico, se va a desintegrar en el tiempo y en el espacio de la realidad para ser «salvado» en el texto, el ejercicio etnográfico consistente,

El ejercicio solitario que supone el periodo de la redacción del texto, el tiempo particular al que ésta corresponde, un espacio que, también se modificó, proyecta al etnógrafo, al momento de escribir, en el registro de un status de etnólogo. Estos son recuerdos cuidadosamente clasificados que anota sobre un papel, aún cuando pequeñas notas puestas en orden, sirven de soporte material en su memoria. En esta amnesia, el escribiente que es en este mismo momento, traduce la presencia que era la suya en un momento dado, en un espacio dado, multisituado, participando de un cotidiano, sintiéndolo e interpretándolo; he aquí, aquello que está transpuesto ahora que los meses han pasado y que este mundo está proyectado sobre el papel. Además de la dimensión espaciotemporal que es una condición de su testimonio, es efectivamente a través del prisma de sus representaciones que se fueron reconstruyendo poco a poco, que se dibuja la sociedad *crie* y de la cual el etnólogo se presenta como artesano.

Hay que plantear entonces la escritura del terreno como experimentación textual que se apega a reproducir una realidad (Clifford y Marcus, 1986; Geertz, 1988).

Ella es una de las etapas –la última en este caso– de la partición etnográfica (encontrar/experimentar/traducir) que es el resultado de este trabajo pero también de la metamorfosis de aquel que observa participando, a aquel que escribe analizando: en el momento de escribir la experiencia particular que el etnólogo recorre, nuevamente consagra este otro terreno que es el texto; seleccionando los complementos de circunstancias¹⁶ que serán los más provechosos para hacer comprender una realidad, el etnólogo escoge momentos que él considera como mayores en el tejido de la cotidianeidad que compartió, para traducir una vivencia que decodifica y después codifica nuevamente, restituyendo un orden colectivo y social, sobre varios espacios sociales, ya sea en el campamento, en el pueblo o la región, incluyendo nodos de eventos, excluyendo otros. Él opera de hecho un *tri*, del cual resultará un universo particular; tratará enseguida de sobrellevar las dificultades del medio que utiliza, el medio literario. Se aplicará efectivamente, a un ejercicio de traducción, que consiste en hacer que lo que está anunciado en la realidad, lo sea en una lengua escrita, tendiendo a la equivalencia de sentido y de valor de la realidad dada y del ensamblaje de las palabras u otras figuras narrativas que permiten describirla. Todas las es-

al final, en restituir una cultura por medio de la escritura (Clifford y Marcus, 1986).

16. Sirven para precisar las relaciones de tiempo, de lugar, de manera, de causa, de condición.

trategias (el texto, sus procedimientos de escritura, el ejercicio de la memoria) tanto como las perspectivas (el espacio, el tiempo, las representaciones) en las cuales él se sitúa para comprender y comunicar un universo cultural, encarnan la imposibilidad de deshacerse del filtro que torna la aplicación etnológica inmutablemente incierta y selectiva.

Entregar la cultura a la escritura, tal es el dilema que da el último toque a la experiencia y los momentos de un encuentro que se extienden en un relato. Si hay ficción (Clifford y Marcus, 1986), una construcción voluntaria de una realidad por medio de la actividad de la escritura, ésta debe permanecer a pesar de todo, al servicio de un proyecto de comprensión de lo real, cualquiera pueda ser además, la complejidad de esta mediación. Observar un mundo, teniendo en cuenta sus disparidades socio espaciales contemporáneas, intrínsecas a las que los Cris, ellos mismos, tratan de dar coherencia mediante los actos de su cotidiano, y traducirlo después, se efectúa en todos los casos, al interior de un tejido de representaciones complejas que transpiran en el texto.

Y esto, sumándole que aquel que era etnógrafo, se instituye etnólogo tratando de leer y de comprender una sociedad, no solamente, poniendo a prueba todos los sentidos de su ser, sino también mirando «por encima del hombro» (Geertz, 1983) anfitriones que lo han acogido. Si el encuentro es en etnología, el lugar de una experiencia humana singular, entre el escribiente y los personajes con los que se encontró y lo cuenta, es también aquel de un diálogo amarrado entre el escribiente y aquellos por los cuales él escribe: sus lectores. A fin de cuentas, la experiencia etnológica se inscribe en un diálogo que se articula al interior de un trípode: los tres polos serían la individualidad del etnólogo, las personas con las que se encontró al interior de la sociedad crie, y los lectores, que son confidentes de una experiencia que el primero se empeña en hacerles comprender. En este diálogo bien particular, los lectores se insertan como cómplices de su experiencia, llevando y animando, algunos de entre ellos, una reflexión en torno a ésta, confrontándola con la de ellos. De esta «trilogía», resulta una multivocería, la voz de cada uno de estos actores juntándose en el texto: Aquí está el escribiente de este relato, que compone con sus palabras, en el que él se encuentra al lado de aquellos que para él, se volvieron familiares, mientras que los lectores, como observadores de su desenvolvimiento, y como para observarlos mejor, se habrían retirado entre las líneas.

Resignado a las dificultades que impone el ejercicio etnológico, el etnólogo, destituyendo el etnógrafo, escoge la escritura como medio entre él mismo, sus lectores y los miembros de la pequeña colectividad que se empeñó en describir,

que se instalaron como investigadores de certidumbres, ocupando constelaciones de espacios sociales donde ellos estiman aún ser capaces de expresar actividades y un compartir que les parecen esenciales para llevar una existencia contemporánea, con respecto al conjunto de las transformaciones de su propio mundo. El trabajo del etnógrafo que él era, consistía en acceder a las competencias culturales que le permitieran introducirse, después comprender y al fin, re transcribir el mundo heteróclito de ciertos miembros de los Cris de la Baie James.

Confrontado al hecho de entregar una realidad, que hay que admitir, es parcial e inacabada, el etnólogo entonces, no tiene otra respuesta y como único consuelo, esta cita de James Clifford que se inserta precisamente en nuestro contexto:

Ethnographers are more and more like the Cree hunter who (the story goes) came to Montreal to testify in court concerning the fate of his hunting lands in the new James Bay hydroelectric scheme. He would describe his way of life. But when administered the oath he hesitated: « I'm not sure I can tell the truth. I can only tell what I know » (1986: 8).¹⁷

Referencias

- BOSUM, Abel (2001). *Community Dispersal and Organization : The Case of Oujé-Bougoumou. Dans Aboriginal Autonomy and Development in Northern Quebec and Labrador*. Edición de Colin H. Scott. UBC Press.
- CEFAÏ, Daniel (2003). *L'enquête de terrain*. París: Éditions La Découverte.
- CHICOINE, Lucie (1990). *Le Village d'Ouje-Bougoumou: une expérience de planification partagée en milieu autochtone*. School of Urban Planning. Université McGill.
- CLIFFORD, James y George E. MARCUS (1986). *Writing Culture: the Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.

17. «Los etnógrafos aparecen cada vez mas como aquel cazador Cri que (como lo cuenta la historia) vino a Montreal para dar testimonio ante la corte (de justicia) de la suerte de su territorio de caza en el marco del nuevo complejo hidroeléctrico de la Baie James. Él quería describir su modo de vida. Pero en el momento de hacer juramento, él dudó: 'yo no estoy seguro de poder decir la verdad. Yo sólo puedo decir lo que yo sé' » (traducción personal).

- DARNELL, Regna (1984). *Interaction et Langage chez les Cris. Recherches Amérindiennes au Québec* vol XIV, n4.
- FEIT, Harvey A. (1978). *Waswanipi realities and adaptations: resource management and cognitive structure*. Thèse de Doctorat. Université McGill. Montreal.
- FRANCIS, Daniel y Toby MORANTZ (1983). *Partners in furs: a history of the fur trade in eastern James Bay, 1600-1870*. Kingston, Ont. McGill-Queen's University Press.
- FRENETTE, Jacques (1984). *L'histoire des Cris de Chibougamau. Une bande Indienne révèle son identité*. Centre Indien Cri de Chibougamau.
- GAGNON, A.G y Guy ROCHER (dir.) (2002). *Regards sur la convention de la Baie-James et du Nord Québécois*. Montréal, Québec Amérique.
- GEERTZ, Clifford (1988). *Works and Lives: The Anthropologist as Author*. Stanford University Press.
- INNIS, Harold (1956). *The Fur Trade in Canada*. Toronto: University of Toronto Press.
- JAMIN, Jean (1985). «Le Texte Ethnographique». *Etudes Rurales*, édition spéciale, 97-98.
- LALIBERTÉ Marcel (1976). *Bilan du Programme de recherche archéologique à la Baie James*. Service d'Archéologie et d'Ethnologie, Direction générale du Patrimoine, Ministère des Affaires Culturelles, Québec.
- LARUSIC, I. E, S. BOUCHARD, A. PENN, T. BRELSFORD y J.G DESCHÊNES (1979). *Negotiating a Way of Life*. Montréal.
- MORANTZ, Toby (1983). *An Ethnohistoric Study of Eastern James Bay Cree Social Organization, 1700-1850*. National Museum of Canada. Mercury Series.
- . (2002). «*The Whiteman Gonna Getcha*»: *The Colonial Challenge to the Cree in Quebec*. Montreal: McGill Queen's University Press.
- PRESTON, Richard (1976). «Reticence and Self-Expression: A Study of Style in Social Relations». In William Cowan (ed.), *Papers of the Sixth Algonquian Conference*. Ottawa: Carleton University Press.
- RABINOW Paul (1977). *Reflections on Fieldwork in Morocco*. Berkeley.
- . (1985). «Fantasia dans la bibliothèque. Les représentations sont des faits sociaux: modernité et post-modernité en anthropologie». *Études Rurales*, 97-98: 91-114.
- TANNER, Adrian (1979). *Bringing Home Animals: Religious Ideology and Mode of Production of the Mistassini Cree*. Londres: C. Hurst.

Sobre el autor

SAMUEL NEURAL es actualmente doctorante en Antropología en la Universidad Lyon 2 Louis Lumière. Ha llevado a cabo una investigación de campo principalmente con los Cris de Bahía James en Canadá, en la provincia de Québec, y ha contribuido a varios proyectos de impacto social en América Central, con los mayas Quiché, entre poblaciones Wichi y Toba del Chaco argentino, entre pastores atacameños del desierto de Atacama, en Chile y en Oceanía, entre los pescadores de la isla de la Polinesia y Raivavae Nyaganjarras en el desierto de Gibson en el centro de Australia. Titulado (DESS) en etnometodología y una maestría en antropología social. Su investigación se centra en el periodismo indígena en Québec, campamentos de caza en la sociedad de los Cris de Bahía James, así como los fabricantes de acero en Mohawk de Kahnawake. Su correo electrónico es <samuel.neural@hotmail.com>.